

ERASMO de ROTTERDAM

por Alberto Lasplacas

EL 11 de julio de 1536, —hace ya cuatro siglos,— se extinguió en Basilea, silenciosamente, la vida de Erasmo de Rotterdam, la más destacada cumbre del humanismo renacentista, tipo original de intelectual puro cuyas doctrinas y cuya influencia se han transmitido hasta nosotros a través de los siglos, impresas en un corto número de páginas satíricas o analíticas que le han asegurado la bienaventuranza de la inmortalidad. Nada tiene de particular que las ideas y la vida de Erasmo seduzcan todavía a los amantes de lo extraordinario, que mucho más que en las creaciones de la fantasía suele encontrarse en los calumniados dominios de la realidad. La existencia toda del humanista puede arrancarse del tumultuoso escenario del Renacimiento, y aunque su carácter y sus preferencias ideológicas lo hacían permanecer constantemente aislado de la turba y encerrado en una especie de torre de marfil, que como la concha del caracol llevaba consigo, nadie estuvo más estrechamente que él en contacto con su tiempo, nadie conoció más profundamente a sus contemporáneos ni intentó hacerlos más bien, siendo implacable con sus errores y con sus fanatismos, y nadie sufrió más hondo las preocupaciones de la hora y las angustias colectivas.

La constatación de Erasmo con su época fué tan completa en el terreno de la evolución de las corrientes filosóficas y religiosas que difícilmente podrían explicarse unas sin el otro y vice-versa. Como bien dice Stephan Zweig, en el momento de la culminación de su fama, — que llegó a ser mayor que la de cualquier otro de sus contemporáneos en la Europa occidental de principios del siglo XVI.— Erasmo adquiere la estatura excepcional de un hombre representativo, centro e impulso de las nuevas corrientes vivificadoras que van a sustituir por las elásticas fórmulas modernas los dogmas rígidos del Medio Evo. Su figura no está prestigiada por el sufrimiento y el martirio, como la de su entrañable amigo Tomás Moro, el soñador de la "Utopía", que la iglesia católica ha canonizado recientemente. Ni ofrece las apasionantes aventuras de Martín Lutero ni de Inigo de Loyola, iluminados, hombres de acción arrojados al tumulto del mundo con su idea fija como una lanza o un ariete entre las manos. Ni disputa con las autoridades políticas o religiosas, ni las condena, negándose a contradecirse como Giordano Bruno o Savonarola. No. Erasmo, espíritu pacífico y tímido, no lucha en la apariencia; no busca herir directamente a nadie; elude con prudencia todo roce que pueda perjudicarlo; ni siquiera aconseja la energía y menos aún la violencia para la conquista de los fines fundamentales. Busca pasar desapercibido, huésped poco molesto en casa de amigos dilectos y ricos; corrector en oscuras imprentas; refugiado en conventos apacibles, y viajando infatigablemente por todos los caminos de Europa. A pesar de todo, y por obra exclusiva del milagro de sus libros que recorren en triunfo el continente, su fama

surge un día y se va acrecentando hasta adquirir proporciones únicas hasta entonces, en un seglar como él de cuna humilde y de infamante origen. "En aquellos días tan aprovechados, —atestigua Ernesto Denis en su "Historia de Alemania y la Reforma"— que fueron como la flor radiante de la humanidad renaciente a la esperanza y a la vida, en la época de Miguel Ángel, de Dürero, de Rafael cuando Budé renovaba el estudio del griego y Reuchlin fundaba la ciencia hebraica, y Copérnico discurría su libro sobre las revoluciones de los globos celestes, todas las glorias se eclipsaron ante la de aquel literato que conquistó un reino en el humanismo. Aquel hijo del acaso, cuya juventud creció sin caricias y sin alegrías, arrojado al claustro a los veinte años por un cansancio precoz y que curado pronto de sus ilusiones vagó por todas las carreteras de Europa, necesitado y sospechoso, ejerció en los espíritus un dominio casi oficial.

Los reyes y los papas, los cardenales y los príncipes solicitaban el honor de cartearse con él y sonreían, devotamente, cuando les disparaba alguna pulla. Erasmo era como sinónimo de excelente y de infalible. Cuantos sentían el culto de la verdad o pasión por las letras, se proclamaban discípulos suyos. Aplacaba, fortalecía y consolaba. Discipulo directo de los neoplatónicos de Florencia no sacrificó la religión a la filosofía sino que persiguió la reconciliación del cristianismo con la antigüedad. De ello esperaba el advenimiento de un periodo de luz y de paz en que el mundo, emancipado, al fin, de los odios, de las contiendas dogmáticas, y de los litigios escolásticos, adelantara confiadamente hacia un ideal cada vez más etéreo de ciencia y de pureza moral".

Lo maravilloso en la vida de Erasmo fué esa celebridad, conquistada tan limpiamente, que llegó a ser vecina a la santidad, a la deificación. Se admiraba en él al "homo sapiens", al genio intelectual, al hombre que decía las cosas más extraordinarias en nombre propio, sin pre-

tender, cosa tan común en aquella época, ser intermediario ni portavoz de ninguna divinidad. Para volver a encontrar un caso semejante habría que ir hasta Voltaire, el de Ferney, o hasta Goethe, impasible en medio de la tormenta. Lo más original está en que Erasmo fustigó cruelmente en sus libros, en sus libelos y en sus cartas los errores, vicios y debilidades de los mismos que

casi lo adoraban, y que contribuyó, más que otro ninguno al quebrantamiento de instituciones seculares que lo proclamaban como el más destacado de sus defensores; la monarquía y la iglesia. Como todos sus biógrafos, se ha sentido seducido por esos ilogismos, por tales contradicciones, inexplicables, sobre todo, en un mundo semi-bárbaro todavía, que comenzaba a libertarse, penosamente de las tinieblas medioevales. Su misma e intensa cultura grecorromana tenía que indisponerlo con un ambiente sobesaturado de pequeñas y empeñadas disputas teológicas despenadas por la pendiente de una escolástica intrasigente y sofística que proclamaba "a priori" la falsedad y la vanidad de cualquier esfuerzo independiente en materia religiosa y filosófica, calificándolo de pecaminoso y herético y castigándolo con la excomunión o la hoguera. Sin embargo, no hubo para Erasmo ni persecuciones ni reproches, ni enmiendas. Si Lutero después de ser su amigo, luchó violentamente contra él, fué porque después de haber sido uno de los elementos más eficaces en la preparación del gran movimiento de la Reforma, se negó después a plegarse ostensiblemente a su causa, aunque sin condenarlo tampoco, salvo en los procedimientos empleados por el monje alemán para hacerla efectiva, que le parecieron siempre inadecuados por lo brutales y estridentes. Fué aquélla una querrela de temperamentos más que de convicciones, no coincidiendo con la discreción y el buen gusto de Erasmo, el plebeyismo es-

Erasmo de Rotterdam

(1520)



Labre Vd misma su belleza

trepitoso y sensual de Lutero, hombre de acción pero no superior,—como no lo son casi siempre los hombres de esa clase,—al ambiente que lo rodeaba. Descartando ese episodio, todo fueron elogios y honores para Erasmo, los cuales no le sirvieron, porque no lo quiso, para alcanzar posiciones ni para acumular riquezas, sino para conservar su independencia, bien que consideró siempre como el más grande de la vida y a la conquista y a la conservación del cual dedicó gran parte de su vida misma.

En el formidable maremagnum del Renacimiento, entre batallas y rebeldías religiosas, descubrimientos científicos y astronómicos, ampliaciones inesperadas y fantásticas de la superficie terrestre, desmoronamientos de creencias, Erasmo permanece sereno y tranquilo en la actitud en que gustaron pintarlo sus amigos. Holbein y Dürero, bien abrigado contra el frío en una especie de hábito monacal, cubierta la cabeza calva con una gorra oscura de lana, y con la vista y las manos sobre el papel en el que casi imperceptiblemente, sin esfuerzo visible, se va vertiendo el ancho y generoso caudal de su pensamiento. En esos retratos, y no es posible representarlo de otro modo está no sólo la fisonomía física de Erasmo, sino también su personalidad intelectual y su estructura moral. Tan pequeño, tan débil es; tan sereno está que no parece capaz de nada. Muchos insisten, equivocadamente a mi juicio, en que Erasmo no fué un hombre de acción. Hay en esa opinión, un falso concepto sobre la acción. Erasmo no tiene más que dejar deslizar imperceptiblemente su mano cargada de ideas sobre el papel, en la penumbra del estudio silencioso para estremecer a pueblos enteros; para sembrar la duda o afirmar la convicción; para escandalizar o para pasmar; para impulsar a los hombres a la lucha o para decidirlos a la paz. Créese, comunmente, que hombre de acción es, únicamente, el que va y viene, grita y apostrofa, discute y predica por medio de la palabra hablada y la presencia física. Erasmo desdén semejante actividad ruidosa contraría a su temperamento dulce y tímido, y en la soledad de su retiro, celosamente buscado y conservado, escribe su prosa latina como el alquimista combina en el hervor de sus retortas la sustancia mágica que ha de producir el oro o transformar la vida. Su arma única es la pluma, agudo vehículo de su pensamiento, y las batallas que con ella emprende contra la ignorancia, la superstición, el fanatismo y la violencia,—sus cuatro jinetes del Apocalipsis,—no se libran en el reino sonoro y espectacular de los combates corporales, en medio del redoble de los tambores, las estridencias de los clarines, los rugidos de los cañones, las cargas estrepitosas, las aclamaciones de los que triunfan y los estertores de los vencidos. Envolviéndose pausadamente en su fino sayal, aparta de sus ojos tal espectáculo, repugnado y desdénso, y entrega al papel que su pluma acaricia suavemente, las supremas confidencias de su espíritu, sabiendo bien que ellas estarán dotadas de una vida milagrosa, mucho más firme y fecunda que si para enunciarlas y propagarlas se arrojará al ruedo de las pendencias públicas y para defenderlas arriesgara el supremo bien de su existencia.

Del fondo discreto en que yacía, vuelve a surgir de nuevo el perfil agudo y nítido de este hombre pequeño que fué en un momento glorioso, árbitro de la humanidad. René Laón, aclara: "En menos de dos años han aparecido tres biografías de Erasmo. ¿Por qué ese gran olvido? ¿Acaso hoy tan vivo interés? Sin duda alguna porque adquiere a nuestros ojos un valor simbólico: leyendo su historia nos salen al paso todas las preocupaciones de actualidad". De todas ellas la que ha adquirido mayor fusión ha sido la escrita por Stephan Zweig. Su "Erasmo" no tiene ya, tan solo, el valor interpretativo, documental, psicológico y literario de otras de sus biografías más destacadas, como la de Fouché y la de María Antonieta, sino que en sus manos el relato se convierte en una maza de combate, en un alegato, en un panegírico. El biógrafo es, en todas sus partes, un discípulo del biografiado. No solamente lo toma como protagonista sino que lo erige en ejemplo y modelo. Por eso sus páginas no son fríamente narrativas sino que corre entre ellas un cálido estremecimiento de simpatía y de admiración. Aun al señalar sus defectos o sus caídas, sus debilidades o exageraciones, Zweig trata de justificarlas, culpando más al ambiente que al héroe, a las circunstancias que a su carácter o a su voluntad. Esta parcialidad se explica en primer lugar por la similitud de las tendencias ideológicas entre uno y otro y en segundo lugar porque Zweig es una de las víctimas del moderno odio de razas, que fué una de las locuras más elocuentes, más incansablemente combatidas hace cuatro siglos por Erasmo, genio superior, colocado por encima de las estériles y feroces luchas entre los grupos humanos, entre las creencias y entre las naciones. De cuatro centurias atrás el humanismo resurge de nuevo, pluma en ristre, a librar porfiado combate por los mismos ideales, obediente al llamado de sus creaturas, como los genios benéficos de las Mil y uno Noches aparecían solícitos al conjunto de la lámpara maravillosa. Contra las fuerzas desatadas del odio, de la violencia y de la cólera, vuelve a oponer las barreras de la cordura, las murallas de la comprensión y de la tolerancia, las fortalezas del buen sentido y de la razón. Si examinamos detenidamente las características de nuestra época les encontraremos gran parentesco con las de la época en que vivió Erasmo. Erroreamente, suele decirse que la historia se repite como obedeciendo a un oscuro determinismo, porque lo que se repiten son sólo las circunstancias, aun cuando histórica y filosóficamente los hechos sigan después un curso distinto, y se orienten hacia diversos destinos. Entre principios del siglo XVI y principios del siglo XX hay muchos puntos de relación y de contacto. Los factores que originaron la ruina del mundo antiguo están en juego nuevamente, socavando los cimientos del mundo moderno. Las instituciones seculares, base y estructura de la sociedad, se hallan hoy en crisis, como lo estaban hace cinco siglos. En el instante en que la iglesia de Roma parecía haber logrado el triunfo de la catolicidad, es decir, de su universalidad, surgieron bruscamente los cismas, y con ellos la anarquía, en nombre de un retorno a los principios simples y puros de la religión primitiva.

Lutero no fué otra cosa que un reaccionario, como muy bien lo observa Nietzsche, un fanático enemigo de la cultura y de la sabiduría pagana, y por lo tanto un anti-humanista. En el momento en que la democracia moderna a raíz de una guerra victoriosa en que se invocó su nombre, parece iniciar una nueva era de libertad y dignidad, tolerancia y progreso, vuelven a brotar los cismas racistas y nacionalistas, a encenderse otra vez la guerra, elevando los nuevos cruzados los estándares de la reacción y de la vuelta al pasado como ideales activos de regeneración humana. De ahí que las doctrinas de Erasmo tengan otra



Tomás Moro, retrato de Holbein. Cancillería de la Corona-Londres

vez actualidad y vuelvan a ocupar su puesto de honor en el nuevo combate reiniciado por las mismas potencias que se disputan el dominio del mundo desde la iniciación de las edades, y que se lo seguirán disputando hasta que desaparezca la última sociedad humana. El humanismo, que históricamente, constituyó el período inicial de una época en la historia moderna, pero que es un estado de espíritu permanente, individual y colectivamente hablando, resurge hoy nuevamente, flanqueado por sus fuertes antecesores, caballero que concurre infaliblemente a la misma justa de honor, a combatir a los mismos adversarios

Erasmo, por Alberto Dürero (1520)



de ayer, de hoy y de siempre. Nada de particular tiene pues, que se vuelva a invocar el testimonio y el apoyo, de los grandes padres de la secta movilizadas de nuevo para la defensa de los mismos ideales. La doctrina de algunos libros de Erasmo, sobre todo de ese genial "Elogio de la locura", nos prueba que hemos mejorado muy poco después de cuatro siglos, ya que las locuras que señala y vapulea en esas páginas inmortales, prodigiosamente agudas y divertidas, son las mismas que atormentan a nuestra humanidad de hoy.

Hace un tiempo, unos seis años, Heinrich de Mann, uno de los más grandes novelistas alemanes contemporáneos, lanzó el grito de "¡retornemos a la razón!", alarmado por la reviviscencia incontinente de los odios raciales, nacionales y sectarios que amenazan aniquilar, aplastar a la humanidad. No podía hacerse en menos palabras una síntesis más exacta y vigorosa del contenido medular del humanismo, considerado en sus aspectos ideológico y social. Humanismo significa el predominio de la razón, esa partícula de divinidad de que todos somos depositarios, sobre las demás potencias oscuras del instinto de la herencia y de la pasión.

Colocado al comienzo de una nueva cultura, Erasmo dió, evidentemente, demasiada importancia al juego puro del pensamiento, suponiéndolo capaz de realizar todos los milagros. El, que con tanto brío y genio combatió todos los fanatismos, fué un fanático de la razón. A su juicio, no hay disputa entre hombres y colectividades que no pueda resolverse pacíficamente así como los contendientes o querrelantes lleguen a obrar de buena fe y con sincero deseo de arreglar las cosas de acuerdo con los distados de la Justicia. No en otros principios y fundamentos se apoya la iniciativa wilsoniana de una Sociedad de Naciones y el plan de Estados Unidos de Europa imaginado por Aristides Briand. En tal sentido, Erasmo, mucho antes que el abate Saint Pierre y que Manuel Kant es un precursor de ambos. No en otros principios y fundamentos sólo han emitido ideas confusas e incompletas, sino erigiendo un verdadero sistema, rodeándolo de consistentes murallas, y proveyéndolo de abundantes medios de defensa. Su vida misma fué una afirmación de tales puntos de vista. Nació en Rotterdam, puerto holandés abierto al tráfico del mundo, hijo natural de un sacerdotito ya que de su madre no hablan las crónicas, no residió definitivamente en ningún país, ni se sintió ligado a ninguna patria. Londres, Basilea, Roma, París, Friburgo, Gante le sirvieron de refugio temporario en su larga e inquieta vida de estudio y de fecundación. En Basilea llegó a convertirse en árbitro de príncipes y de pueblos, en la cima de su gloria, y en Basilea murió años después derrotado y casi desapercibido. Va de país en país, de ciudad en ciudad, y en todas partes está en su patria y en su casa. Para mejor, se niega a escribir en los idiomas aún bárbaros de las nacionalidades nacentes y se expresa en latín, lengua superior y refinada familiar y entonces en todas las personas cultas y encumbradas. Fué pues, por su existencia, un ciudadano de Europa mucho más que un ciudadano holandés, y por su preparación, sus preferencias, sus amores y su cultura fué un griego o un romano antes que un cristiano, y un mediterráneo mucho más que un bárbaro del norte, como lo fueron Moro y Lutero. Su tolerancia no tiene nada de semítica, porque ni siquiera está apuntalada, como en las doctrinas de Jesús, en el principio del amor a los hombres, sino en los fueros de la razón. Su cristianismo estuvo tan mezclado a principios filosóficos paganos que pudieron acusarlo de hereje tanto los católicos como los protestantes, diciendo ambos la verdad.

El humanismo de Erasmo, fracasó antes de que se hubiera extinguido su vida. Tuvo así, después de unos años de culminación en que pudo haberse hecho la ilusión de un triunfo definitivo, que aceptar el desvanecimiento de sus generosos proyectos, que resignarse al fracaso de todos sus afanes. Durante muchos años soñó con la posibilidad de una sociedad de sabios y de caballeros de la que estuvieran desterradas,—por irracionales y por lo tanto, por inhumanas,—la violencia, la injusticia, la estúpida, el odio, la ignorancia, la ambición. A cuatro siglos de distancia la humanidad está aún por ser redimida de esos mismos pecados mortales. La creencia en que la sabiduría y la cultura son suficientes para transformar la sustancia de que están amasados los hombres no ha sido confirmada después de las decisivas experiencias realizadas desde entonces. Los hombres pueden ser sabios y cultos, y obedecer en su conducta a los mismos impulsos que los ignorantes. Las naciones pueden no tener analfabetos y ser movidas por idénticas solicitudes que las tribus más salvajes. Fuera de toda duda, hay una ancha laguna en la doctrina erasmiana, un punto débil, una falla que hace menos magestuoso el conjunto. Pero no pueden desconocerse ni olvidarse la eficacia de sus razonamientos, la exactitud de su crítica, la oportunidad de su ironía, la certeza de su visión, al desnudar al hombre mostrándolo miserable y livido como es, envuelto en los andrajos de sus defectos. Pocos escritores conoce la historia, que hayan manejado la sátira con tanta crueldad y tanta maestría. Mas que un constructor de sistemas,—título con el que se envanece y con el que hubiera querido pasar a la historia,—Erasmo es un destructor, una especie de Atila, "castigo de Dios", tras cuyo paso ni la hierba crece, quedada hasta sus raíces; uno de esos profetas del Antiguo Testamento que llamaban a Israel a la penitencia y al arrepentimiento, pero dejando sonreír, a través de las estridencias de su lenguaje rudo y amenazante, hecho de relámpagos y de sarcasmos, la redención posible de un mundo nuevo, celeste o terreno, ideal siempre fracasado y siempre renovado de la especie humana que no sabe redimirse de la fatalidad de sus errores sino dejándose seducir por el engañoso miraje de lejanos paraísos!

Montevideo, julio de 1936. Alberto LASPLACES.

OPTICA Y RECINE
FOTOGRAFIA RECINE

• Cristales de las mejores marcas.
• Técnico especializado en Norte
• América • 18 de JULIO 1562
U.T.E. 4-66-81 ESQ. TACUAREMBO.